



ectura del actual contexto mundial en clave de cultura política

*Recibido el 5 de agosto de 2008.
Aprobado el 20 de abril de 2009.*

Francisco Rogelio Palacio Monsalve¹

¹ Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor titular del Centro de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana. Dirección electrónica: frpalacio@gmail.com



Resumen

En el artículo se hace una lectura analítica, en clave político-cultural, de las dinámicas más importantes que están marcando y acompañando el desarrollo histórico de las sociedades en el ámbito de la contemporaneidad, señalando sus impactos e implicaciones más significativos en los distintos campos del acontecer social y aportando algunas pistas, de orden prospectivo, para enfrentar adecuada y eficazmente las exigencias y desafíos que está demandando la compleja realidad actual.

Palabras clave

Teoría política, Geopolítica, Ciudadanía, Cultura política, Nuevo Orden Mundial.

Abstract

In the article an analytical reading is done, in political - cultural key, of the most important dynamics that are marking and accompanying the historical development of the societies in the area of the contemporaneousness, indicating their more significant impacts and implications in the different fields of society and contributing with some prospective tracks to face effectively the requirements and challenges that the complex current reality demands.

Key Words

Theory political, Geopolitics, Political culture, Citizenship, New world order.

Introducción

A continuación se hace una lectura analítica, en clave político-cultural, de las dinámicas más importantes que están marcando y acompañando el desarrollo histórico de las sociedades en el ámbito de la contemporaneidad.

La exigente y creativa dinámica del cambio

Las transformaciones que se vienen desarrollando en los últimos tiempos son de tal envergadura que no existe aspecto de la realidad que no haya

sido atravesado por altos niveles de complejización y problematización. La aceleración de los cambios no da respiro y exige un esfuerzo de comprensión analítica y sistémica para seguirlos explicativamente en sus distintos órdenes de racionalidad y articularlos de acuerdo con la forma como se entrecruzan sus resultados e impactos en los diferentes ámbitos de la economía, la política y la cultura.

Conviene recordar, por ejemplo, que en un lapso de tiempo realmente corto, hemos asistido al colapso de la experiencia histórica del comunismo en la URSS y a la profundización de la crisis en todos los países de la llamada “Cortina de hierro” o países del Este, de acuerdo con la lógica de la Guerra fría que los había puesto a gravitar en el área de influencia geopolítica de dicho centro hegemónico. Pero, igualmente, se ha venido constatando el auge vertiginoso de países como Alemania y Japón que, otrora derrotados y humillados, hoy evidencian unos procesos de desarrollo económico sobre una base científica y tecnológica de gran avanzada.

De otro lado, es innegable el impacto que ha venido teniendo la globalización como respuesta al proceso de agotamiento de la dinámica capitalista de industrialización en gran escala, aplicada durante un buen trecho del devenir histórico en el mundo moderno y el reposicionamiento, en este mismo contexto, de las economías de mercado, referenciadas ya no en el espacio de los Estados Nacionales sino en el contexto de lo mundial y apoyadas en la revolución tecnológica informacional, como uno de los soportes fundamentales de la nueva fase expansiva del capitalismo y, ligado con este proceso, el surgimiento y puesta en marcha de interesantes experiencias de integración que están redimensionando los términos de participación de los países en el mercado mundial.

Vale la pena reiterar que en todo este amplio marco de transformaciones y cambios lo que se está poniendo en evidencia es la situación de crisis generalizada por la que viene atravesando el Proyecto Moderno, pero entendida no en el sentido de la connotación peyorativa y desgastada de su agotamiento como se suele pensar, sino en la perspectiva de la señalización de una serie de nuevos fenómenos que han venido irrumpiendo en la escena del desarrollo histórico contemporáneo y que ya no son explicables, de modo suficiente, en el encuadre teórico que se



traía; haciéndose necesario, por tanto, desatar procesos de reconceptualización que permitan su adecuada incorporación y apropiación explicativas.

Han entrado en crisis, por ejemplo, las formas de configuración e intelección del ordenamiento social, en tanto fenómenos como el multiculturalismo y la proliferación de los movimientos sociales de variada índole emergen con un gran impacto, fracturando por completo el supuesto carácter coherente y homogéneo que estaba a la base de los proyectos societarios modernos, y con ello igualmente el asunto concerniente a la definición de las identidades. En el mismo sentido, las instituciones encargadas de asegurar las condiciones de reproducción y estabilidad del orden social se han quedado cortas ante la avalancha y la magnitud de los cambios.

La dinámica y repercusión de los cambios en marcha ha afectado a todos los confines y regiones del orden mundial en diferente medida; nadie ha quedado eximido de tal influencia. En el contexto particular de las anteriormente llamadas sociedades “tercermundistas” el impacto ha sido de gran magnitud. Preocupadas por atender a la resolución de sus más graves y estructurales problemas, asociados al incongruente, contradictorio y no sostenible desarrollo integral, con baja capacidad de cobertura y redistribución social y con un mayor acento en los procesos que tienen que ver con las modificaciones del entorno físico – material y productivo y, por el contrario, poco con la transformación de los individuos en sujetos, con capacidad para intervenir participativamente en la construcción de los propios proyectos societarios, hoy están enfrentadas a nuevas exigencias y demandas, producto de un contexto mundial más exigente, en el que se están produciendo modificaciones y rupturas de profundo calado y a grandes velocidades. Basta con citar el inesperado suceso del ataque terrorista a los Estados Unidos que ha implicado la revisión de las variables con las cuales se venía leyendo el llamado Nuevo Orden Mundial, surgido después de la caída del Muro de Berlín.

De acuerdo con los desafíos a los que hoy se tienen que enfrentar las distintas sociedades, por efecto de las modificaciones que están operando en todos los órdenes del devenir histórico, se ha estado tratando, en este contexto geopolítico particular, de implementar unas condiciones mínimas que permitan una inserción en los nuevos procesos

en desarrollo, buscando con insistencia la forma de asegurar la participación en el exigente y competitivo ámbito del mercado, delimitado hoy en espacios globalizados y en estrecha interdependencia con las nuevas tecnologías informacionales y con el refuerzo de estratégicos niveles de penetración y extendida homogeneización cultural.

Sin embargo, por momentos pareciera que los esfuerzos se hacen estériles, en tanto continuamos sin poder concretar un modelo de desarrollo coherente que permita la vinculación exitosa con el entorno mundial; en darle salida al problema de la enorme deuda externa que continúa condicionando, de manera sobredeterminante, las posibilidades de desarrollo; en hacer posible la construcción de verdaderos proyectos democráticos, sobre la base de un fuerte impulso a la formación de sociedad civil, con amplia capacidad de participación en las distintas esferas de la vida social, económica y política; en garantizar la reestructuración de nuestras instituciones, empezando por el mismo Estado, para que puedan responder eficientemente a los retos que está demandando el mundo de hoy; en concretar la implementación, con sentido de máxima prioridad, de un proyecto cualificado y renovado de educación integral que les permita a las nuevas generaciones, por el ejercicio de una nueva ciudadanía, aportar a la configuración de sociedades viables, inscritas inclusiva y dinámicamente en los procesos históricos que se están gestando en el mundo actual.

En este orden de cosas, es indiscutible que una de las claras y seguras opciones o caminos que tienen actualmente este tipo de sociedades, para superar las dificultades y obstáculos que se han venido interponiendo en la búsqueda y concreción de alternativas a sus complejos problemas, es la de apostarle decididamente a la formación de sujetos insertos en procesos culturales abiertos, flexibles y dinámicos, caracterizados por la movilidad de las verdades y por la relatividad del conocimiento. Hoy se hace perentorio aprender a movilizarse en escenarios en los cuales existen múltiples puntos de vista que hay que confrontar y conciliar o desechar, en tanto solo se poseen facetas de la verdad; ahora hay que conocer además de los hechos, las premisas básicas que permiten su apropiación comprensiva según un determinado orden de racionalidad, las estructuras fundamentales en que se soporta su posibilidad explicativa, los contextos en que tienen lugar, las implicaciones e impactos que se ponen en juego.



Esto exige una nueva manera de enfrentar y asumir el proceso de la formación social y cultural y, particularmente, lo que tiene que ver con la perspectiva o el enfoque en la formación del ciudadano de hoy: más que facilitar el acceso al inmenso torrente de información que está en circulación gracias a las nuevas tecnologías en expansión, lo que interesa es la formación de sujetos sociales con capacidad para procesar dicha información y transformarla en conocimiento, para que tengan una comprensión integral de la realidad, manejen los principios y los criterios más que los detalles cambiantes, construyan esquemas de interpretación y propicien en todo momento el desarrollo del pensamiento analítico, complejo, (tal y como lo propone Edgar Morín), articulen toda la información recibida en sistemas de conceptos que sirvan como puntos de referencia para los nuevos procesos de aprendizaje y para la revisión y superación de los conocimientos, que van siendo relegados por su mismo carácter de rápida obsolescencia.

La capacidad para aprender autónoma y creativamente es una de las características de la ciudadanía que hoy se está requiriendo y que los sistemas educativos (incluida la universidad) deben favorecer y estimular. Esta capacidad, formada en la convivencia y el respeto mutuo, es la que posibilita la apertura al conocimiento, a la comunicación y al aprendizaje. Es la posibilidad de convivir con otros seres humanos, concertando acciones, lo que permite una nueva y significativa manera de estar presentes en el mundo. Más que aprender muchas cosas, lo que hay que desatar en los diferentes espacios sociales es la apertura a procesos de aprendizaje y convivencia, involucrando las propias experiencias cotidianas. Se trata de que el ciudadano, apropiado sólidamente de estos procesos, esté siempre en condiciones de construirse su propio espacio, sea cual sea el mundo que le toque vivir.

Lo que hoy se está demandando, de manera prioritaria, según García Gual (1998), es:

La formación de individuos aptos y autosuficientes para convivir en una sociedad democrática, gentes capaces para expresarse con claridad y comprenderse a sí mismos y a los demás, reflexivos y concientes de su situación en el ancho mundo y en su entorno particular, y así adiestrados para realizar del mejor modo y según su voluntad sus capacidades humanas en busca de la plenitud personal y la libre actividad racional (p. 24).

Se hace necesario además desarrollar la habilidad para sintetizar, analizar, valorar, confrontar, aplicar, transferir, generar hipótesis, pensar alternativas de resolución de problemas y conflictos, agudizar la mente a través de la construcción prospectiva de escenarios que le den cabida a la multiplicación de opciones o caminos para llegar a un determinado objetivo, distinguir las situaciones en las cuales se entrecruzan hechos o interpretaciones de los mismos, de las circunstancias en las cuales están de por medio valores o estatutos normativos, favorecer la gestación de actitudes positivas hacia el aprendizaje cultural, de modo que se pueda ir superando el tradicional recurso a la transmisión mecánica y pasiva de los saberes, las prácticas, los valores y las costumbres.

Por otro lado, es importante favorecer la capacidad de relacionar los conocimientos con las preocupaciones cotidianas de la vida y con los problemas del propio entorno circundante, haciendo posible el despertar de una mayor sensibilidad con las inquietudes y avances de la humanidad y garantizar, de manera permanente e interdependiente, un proceso de lectura y confrontación analítica de las expectativas, conocimientos, prácticas, acontecimientos, fenómenos, tensiones, coyunturas, valoraciones, aportes, posibilidades, dinámicas, etc., que están en ebullición en los distintos campos del acontecer histórico y cultural de los pueblos. Es en este marco general de exigencias y de posibilidades que debe inscribirse hoy el asunto de la formación de ciudadanía, como máxima prioridad de un proyecto social y cultural, comprometido en la búsqueda de respuestas a las demandas de los nuevos tiempos y, de acuerdo con el filósofo español Fernando Savater (1997), preocupado por el desarrollo de:

La capacidad de abstracción, la creatividad, la capacidad de pensar de forma sistémica y de comprender problemas complejos, la capacidad de asociarse, de negociar, de concertar y de emprender proyectos colectivos (...) capacidades que pueden ejercerse en la vida política, en la vida cultural y en la actividad en general" (p. 51).

En síntesis, lo que hoy se le debe exigir a un proyecto social, con sentido histórico y clara visión de la dimensión política que le es inherente, es un esfuerzo de formación integral de seres humanos, con capacidad de participación activa en la construcción de sociedades con mayor sentido humano, más justas, más incluyentes, en las que sea posible vivir dignamente.



La crisis de las ideologías

El mundo actual asiste, de manera un tanto imprevista y acelerada, a la crisis de las cosmovisiones o comprensiones ideológicas sobre las cuales se había venido gestando el proyecto de la modernidad. Ni Liberalismo, ni Comunitarismo han podido cristalizarse cabalmente en la experiencia de las diferentes sociedades, afincadas históricamente en la realización de tales utopías. Los resultados obtenidos y constatados hasta hoy no guardan correspondencia con los objetivos señalados en las referenciadas construcciones paradigmáticas. En el primer caso, la posibilidad de materializar un proyecto societario, desarrollándose a partir del libre y autónomo espacio de los individuos, en la perspectiva de la realización plena de sus pertinentes proyectos de vida buena, sobre el presupuesto mínimo del reconocimiento del estatuto consensuado de derechos y deberes, como condición del hecho social mismo. En el segundo caso, la oportunidad de cristalizar un proyecto societario, gestándose a partir de la construcción prioritaria de un espacio colectivo, en orden a asegurar, sobre la base de la igualdad, condiciones de bienestar y de realización que puedan disfrutar todos los individuos, bajo el direccionamiento, orientación y supervisión del Estado.

Este fenómeno se evidencia, de modo contundente, tras el agotamiento y colapso de la experiencia histórica vivida por la Unión Soviética en relación con la aplicación, siguiendo los postulados teóricos marxistas, del sistema socialista.

Con los acontecimientos de finales del siglo pasado, simbolizados en “la caída del Muro de Berlín”, se ha puesto al desnudo el resquebrajamiento, inconsistencia e inoperancia política de dicho modelo tal como se pretendió implementar allí y extensivamente, en todas aquellas sociedades que buscaron, de algún modo, construir su propio proyecto histórico en el marco de esta misma perspectiva, con la intervención de grupos guerrilleros, en orden a la concreción de proyectos de liberación, bajo la orientación de este tipo de banderas ideológicas, aportando por la vía de la confrontación armada, altas dosis de violencia que se vinieron a sumar a la producida socialmente por razón de los crecientes niveles de inequidad e injusticia.

Es de tal magnitud la incidencia de lo que ha venido ocurriendo a este respecto que pensadores como Francis Fukuyama (1991) se apresuraron a hablar controvertidamente del fin de la historia:

Quizás somos testigos no solo del fin de la guerra fría, o del transcurso de un período particular de la historia de la posguerra, sino de la conclusión de la historia como tal: es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal de Occidente como la forma última de gobierno humano (...) la victoria del liberalismo se ha producido principalmente en el dominio de las ideas o de la conciencia y todavía se halla incompleto en el mundo real o material. Pero existen razones poderosas para creer que será lo ideal lo que gobierne el mundo material en el futuro (pp. 125-126).

Esta tesis tiene poco rigor y difícilmente es sustentable pues, si bien se aprovecha ligera y superfluamente de los hechos referenciados anteriormente, no se ajusta cabal y objetivamente a la realidad, porque pretende eximir del juicio crítico de responsabilidades al otro sistema ideológico imperante.

Es innegable que la crisis del momento presente radica, por otra parte, y no en menor medida, en que el tipo de capitalismo en el cual se ha venido inscribiendo el desarrollo también se encuentra en proceso de agrietamiento y, seguramente, de colapso, si continúan en aumento los niveles ya preocupantes de incongruencia, inequidad, exclusión y polarización que se están observando a través de sus consecuencias y efectos, de modo particular, en el modelo de economía de mercado, siguiendo los postulados neo-liberales imperantes, en una buena parte del mundo occidental. La problematización del proceso histórico en el contexto de la contemporaneidad radica en que la agudización de los conflictos y contradicciones ha sido de tal magnitud que los hechos y necesidades humanas han terminado por rebasar las teorías, dejando en evidencia el bajo nivel de pertinencia y obsolescencia de los arquetipos ideológicos bajo los cuales se ha estado orientando el desarrollo de los pueblos.

Basta con observar lo que hoy se está constatando en el contexto general de sociedades como las nuestras, en las cuales los índices de pobreza y desamparo cada vez van en aumento, a pesar de la generación de riqueza que se ha producido, pero que ha ido a parar a los centros del capital transnacional y a engrosar las arcas, ya bastante repletas, de



los que más acceso han tenido a las posibilidades del bienestar y el progreso, produciéndose lo que en repetidas ocasiones y de manera clara se ha venido señalando por parte de estudiosos y analistas, en el sentido de que con el tipo de desarrollo que está implícito en el modelo económico vigente, fundamentado, de manera dominante, en los postulados neoliberales, lo que finalmente se ha conseguido es que los ricos, que son los menos, cada vez sean más ricos y los pobres, que son los más, cada vez sean más pobres, sin que se observe ninguna señal en contrario que detenga la ampliación de semejante brecha o distancia.

En otro sentido, estamos asistiendo a la crisis de las identidades colectivas. Estas, siguiendo las tesis de Lechner (1996):

Se fragmentan a la par con la disgregación de los valores y hábitos, las creencias y experiencias que estructuraban la trama social. El proceso de secularización descompone las religiones y, por tanto, las respuestas heredadas a los interrogantes básicos de la vida. Predomina una situación de desamparo en que las certezas tradicionales se desmoronan, los anclajes simbólicos se diluyen y las ataduras normativas pierden obligatoriedad sin reemplazo. Entonces los individuos, abandonados y aislados, se aferran fanáticamente a las verdades históricamente sedimentadas como "naturales", o bien, elaboran arreglos ad hoc que sirvan de refugio provisorio mientras buscan un destino verosímil. Los cambios no dan tiempo a que se consolide algo duradero. En suma, reina la incertidumbre; a las viejas incertidumbre que plantea la vida, las transformaciones en curso, más cargadas de amenazas que de promesas, agregan nuevas incertidumbres, generando ese clima de temor difuso en que todo es posible y nada pasa (p. 12).

En este espacio de tensiones y cambios, emergen desde distintos flancos, propuestas de sentido que tienen el atractivo de copar el espacio dejado por los sistemas ideológicos imperantes en crisis, dado que el hombre, por su propia condición, jamás puede dejar de aferrarse a factores de significación y valoración a través de los cuales pueda mediatizar sus relaciones con los otros y con el mismo entorno. Afloran, en esta dirección, multiplicidad de propuestas de corte religioso, metafísico, parasicológico, naturalista, animista y cultural, no siempre debida y rigurosamente sustentadas y, en muchos casos, revestidas con una fuerte dosis de fundamentalismo, que pretenden salirle al paso a las incertidumbres del momento presente, intentando aportar otros horizontes de significación que acompañen la nueva trama histórica de los distintos colectivos societarios.

En este tipo de contextos le compete a las sociedades la responsabilidad de la puesta en marcha de un renovado proyecto de formación de ciudadanía, inscrito en el marco del desarrollo de una ética que trascienda y cubra de sentido todas las tareas, campos y prácticas que tienen que ver con la gestación del devenir histórico del proyecto societario, que despliegue en forma amplia una conciencia crítica sobre los fenómenos y procesos que palpitantemente están incidiendo en la dinámica del acontecer social y, en tal sentido, habilite a los sujetos sociales para que no continúen atendiendo servil y ciegamente a los intereses y fines que les imponen sistemas ideológicos reductivos, excluyentes y limitantes del sentido integral que debe caracterizar el desarrollo humano.

Si bien los diferentes agentes de socialización tienen responsabilidad en la transmisión del acervo cultural de los pueblos y en la conservación de la memoria histórica que está en la base de los procesos de la identidad y del sentido de pertenencia de los pueblos, lo mismo que en la conservación del patrimonio cognoscitivo de la humanidad, tales objetivos no los pueden circunscribir, de manera dominante y exclusiva, a una simple reproducción de los intereses ideológicos imperantes de las sociedades en que se hallan insertos. Hoy está operando de nuevo un redireccionamiento en la concepción del propósito que debe acompañar la acción social formativa, de acuerdo con su sentido histórico, que no es otro que el de aportar creativa y comprensivamente, en el proceso de formación de la persona, claras señales de orientación que permitan, a través del ejercicio de la libertad y la propia responsabilidad, determinar los rumbos por los cuales se ha de transitar en orden a la realización plena de los objetivos y metas que demarcan el sentido integral de lo humano, en su connotación tanto individual como social.

Hoy se reclaman ámbitos educativos abiertos, con amplios espacios para la interlocución y el intercambio de las ideas y la lectura crítica de las propuestas que a muchos niveles se están haciendo y que no siempre ponen en evidencia sus intencionalidades e implicaciones en el orden del proyecto humano. En el momento actual se requiere la promoción de escenarios sociales caracterizados por el desarrollo de procesos que preparen y habiliten a las personas para el ejercicio público de la razón, dentro de un marco de tolerancia y de respeto por las ideas ajenas, enriquecido permanentemente por el debate y la confrontación, sobre la



base de la exposición de los argumentos y de las razones en que cada quien soporta sus propias apreciaciones y convicciones y que no se agota en la sola definición de consensos sino que, igualmente, deja también el espacio abierto para el procesamiento político de los disensos.

En esta perspectiva, se requiere una formación cultural que incentive el desarrollo de la capacidad analítica y crítica, no prácticas instruccionales preocupadas por el adoctrinamiento o el proselitismo, en un estrecho marco de dogmatismo, que encasillen el libre desenvolvimiento de las potencialidades de los seres humanos en una única dirección. Urge, por el contrario, una educación que facilite y aporte las herramientas necesarias para que los sujetos aprendan a moverse en espacios fluidos, cambiantes, con sentido de orientación, de tal modo que cuando cambien los códigos de referencia y las pautas de ubicación, no queden inmovilizados en medio de la incertidumbre y la complejidad.

En la actualidad se precisan procesos sociales dirigidos prioritariamente al reconocimiento de los otros como el presupuesto sobre el cual es posible la construcción del tejido social, bajo la doble perspectiva de la aceptación y el respeto, al mismo tiempo, de la diferencia como rasgo constitutivo de lo humano y de la igualdad de todos ante la ley, sin ningún tipo de discriminación e independientemente de los marcos ideológicos en los cuales están asentados los proyectos de vida buena de cada quien.

Hacia un nuevo humanismo

En el punto de confluencia del debilitamiento y decadencia de los sistemas ideológicos dominantes se está gestando el reposicionamiento de la condición humana con respecto a los procesos que la delimitan tanto en la esfera personal como social. Esta es una ley inexorable de la historia: cuando las condiciones generadas en el devenir histórico de las sociedades opacan o agotan las posibilidades y alternativas de la realización integral de lo humano, necesariamente emerge, como contra-réplica, una fuerza humanizadora en procura de restablecer el equilibrio perdido. El principio de la física es igualmente válido en el ámbito de la historia: "A toda acción se opone una reacción igual y contraria, en distinto plano". Es en esta perspectiva que debe asumirse el sentido de las crisis y quizás, la

tesis de Fukuyama en relación con el fin de la historia, mencionada anteriormente.

Se vislumbran tiempos caracterizados, de algún modo, por un cierto resurgir del humanismo en todos los planos del quehacer histórico. Algunos autores como Fernando Savater y Victoria Camps han llegado a sugerir la tesis según la cual el actual siglo en marcha será humanista y de profundo contenido ético o no será. Frente a las altas dosis de escepticismo y de pesimismo que han venido ganando terreno, respaldadas en los controvertibles e inequitativos resultados y logros que se alcanzaron en la parte final del siglo pasado, contrastados con los altos ideales que se habían previsto, con el aporte de la ciencia y la tecnología, en la utopía de la civilización occidental, inscrita en el marco paradigmático de la sociedad liberal, hoy se empieza a abrir progresiva y lentamente un horizonte nuevo, matizado, en perspectiva dialéctica, por la confianza renovada en la capacidad del ser humano para replantear, reordenar y priorizar los objetivos del desarrollo.

Entre incertidumbres y múltiples cuestionamientos se abre campo una cierta y moderada convicción acerca de la posibilidad de corregir el cauce que conduce a la materialización social del progreso con sentido humano, un resurgir de la apuesta por la potencialidad autogestionaria del hombre, que le permita involucrarse participativamente en el diseño y concreción de las soluciones que hoy reclaman los agudos y complejos problemas, por la certeza y optimismo en que no todo está perdido, en que existen alternativas y caminos para salir de la encrucijada en que se encuentra la humanidad en la actualidad, en que sí es viable la construcción de un futuro con rostro humano, es decir, en que la meta fundamental de todo desarrollo sea el hombre mismo.

Esto no significa de ninguna manera que se haya entrado en una especie de “paraíso terrenal”, como de pronto se ha hecho creer en expresiones utilizadas, no sin un claro interés geopolítico, al hablar de un Nuevo Orden Mundial, en el cual ya habrían desaparecido los problemas y contradicciones graves que han venido acompañando a la humanidad durante los últimos tiempos, marcados precisamente por la complejización de los conflictos no resueltos y por los impactos negativos que el mismo progreso, tal como ha venido siendo concebido en el contexto histórico de la modernidad en Occidente, ha traído para una gran parte de las



sociedades que permanecen ancladas en la encrucijada del subdesarrollo y de la miseria, atrapadas en los propios límites de lo que se suponía eran los presupuestos esenciales de tal proyecto civilizatorio.

Sería ingenuo sostener que hoy se han superado las contradicciones propias generadas por las relaciones de poder que, en el escenario internacional, imponen los centros hegemónico sobre los países periféricos, o si se afirmara que los problemas propios de la carrera armamentista, que llevaron al mundo al borde de la hecatombe, ya han sido solucionados, o si se planteara que las crisis propias del cambio en las escalas valorativas, que posicionan predominantemente los intereses pragmáticos del mercado sobre todo otro tipo de consideraciones de sentido, han sido finalmente resueltas o que las exclusiones y marginaciones, que han mantenido fracturado el tejido social de una cantidad de proyectos societarios, hoy son cosa del pasado, lo mismo que las polarizaciones, los dogmatismos, las viejas ideas, los fundamentalismos.

Por el contrario, a no poco de estar transitando por ese supuesto Nuevo Orden Mundial, la misma realidad se ha encargado de controvertir tales visiones simplistas e ideologizadas poniendo en evidencia, a través de los trágicos sucesos acaecidos el 11 de septiembre del 2001, que las tensiones y situaciones conflictivas siguen al orden del día y quizás con una mayor resonancia porque precisamente están involucrados, no tanto factores de orden económico y comercial como se venía afirmando a raíz de los procesos expansivos de la globalización, sino elementos de carácter étnico, cultural y religioso, en estrecha conexión con la movilización de intereses políticos.

Hoy ya no son suficientes las categorías con las cuales se interpretaban los procesos y fenómenos concernientes al espacio abierto por el fin de la Guerra fría. En el momento actual se exige una mirada sistémica de todo el cuadro generalizado de tendencias, dinámicas y movimientos que están en juego en este nuevo escenario histórico y se hace indispensable rastrear también las nuevas fuerzas en ebullición que están tratando de encontrar salida y posicionamiento. Es en este sentido, que se advierte la emergencia de un nuevo humanismo, con la función esencial de “recomponer” y “recrear”, en estrecha y abierta interlocución con las racionalidades que se están posicionando, tanto la perspectiva

de sentido como las estrategias mediante las cuales se ha de asegurar la adecuada inserción en el actual escenario histórico.

Este es un momento excepcionalmente propicio para que la civilización occidental reencuentre la dirección y el carácter humanista que siempre tuvo, pero que, de manera desafortunada, ha ido extraviando en razón de su atención reductiva a la operacionalización de una serie de objetivos impuestos por la misma dinámica del progreso, y que si bien han venido jugando un papel importante en la capacitación y habilitación de la persona para el mundo del trabajo, en la mayoría de los casos, han terminado convirtiéndose en los únicos dignos de ser alcanzados en el proceso social, recortando de paso, la dimensión formativa amplia e integral que éste comporta.

Los procesos educativos no pueden continuar camuflando la propia exigencia de la formación integral del ser humano a través del conjunto atiborrado de tareas y actividades de orden primordialmente instructivo, que por sí mismas, aún permeadas de rigor científico, no son suficientes, especialmente si permanecen inconexas respecto de las otras dimensiones fundamentales constitutivas que deben ser atendidas en tal proceso. A los jóvenes se les debe retar para que aprendan a descifrar y resignificar su papel en tanto habitantes de un nuevo mundo, sus potencialidades se deben utilizar en la idea de crear una sociedad mejor, en donde se venza la exclusión y la marginalidad, y se propicien posibilidades concretas de convivencia. Sólo sociedades arraigadas en las nuevas dinámicas en desarrollo, con un empeño en la construcción democrática de los objetivos y desafíos que el momento actual está demandando y que además reconozcan sus responsabilidades en la búsqueda de mejores condiciones de bienestar, convivencia y seguridad ciudadana, podrán ofrecer oportunidades para todos sus integrantes².

En esto ha radicado precisamente la gran limitación del desarrollo en muchas sociedades: en la incapacidad de orientar los procesos fundamentales que están en la base de la trama social en la dirección de las exigencias y retos que se van perfilando predominantemente en el devenir histórico. Hoy, no sin cierta ingenuidad, se sigue preguntando cómo se ha llegado a este tipo de sociedades tan problematizadas y complejas.

² Véase al respecto el último capítulo del segundo tomo del texto de Castells, Manuel (1996).



América Latina, por ejemplo, no ha podido, en palabras de los economistas, transformar su riqueza que es el recurso humano en capital social. En el momento actual, esto tiene una mayor resonancia, dados los altos niveles de competitividad que exige la dinámica de los procesos económicos y sociales en marcha.

La educación, entre nosotros, está en mora de un proceso de transformación que le permita reencontrarse con su carácter esencialmente integral. En el nuevo enfoque humanista con el que debe construirse el proyecto educativo para este tipo de sociedades tiene que involucrarse necesariamente la formación de todas las dimensiones de la persona, al servicio de un más amplio y pleno ejercicio de la ciudadanía, potencializado por las nuevas formas de percibir y pensar el mundo en que se está movilizando. En este contexto no puede haber espacio para posiciones antropológicas sesgadas, interesadas en privilegiar solo unos aspectos determinados del ser humano; más aún, no se puede entender la formación de las personas por fuera del contexto en que tiene lugar la realización del hombre, como ser social, histórico y cultural.

El auge de las políticas aperturistas

Una de las claves para leer el actual escenario mundial es la que hace referencia a la irrupción, en una nueva fase expansiva del capitalismo, de los nuevos procesos económicos, asentados sobre las racionalidades propias de las economías de mercado, en escala global y mediante los cuales se pretende darle un nuevo aire a las dinámicas del crecimiento que se venían haciendo ineficientes e improductivas, dado el complejo funcionamiento de las economías de bienestar, caracterizadas por una abierta y a veces entorpecedora intervención del Estado, en función de asegurar asistencialmente los términos de satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de los miembros de los distintos colectivos societarios.

Este nuevo fenómeno de la globalización ha sido al mismo tiempo alimentado por el despliegue exponencial de la revolución tecnológica informacional que ha provocado un gran cambio o “giro copernicano” en todos los órdenes del desarrollo humano, en tanto ha colocado el conocimiento no como un medio al servicio de los procesos productivos

sino como un fin en sí mismo, como el medio de producción fundamental y como el recurso de poder más importante con el que cuentan los hombres y los pueblos en el mundo actual.

Sin este tipo de innovación habría sido imposible asistir a los renovados procesos de flexibilización, ampliación y super-especialización de los circuitos mundiales del mercado, evidenciables en sectores de la economía importantes y de impacto y expansión como el financiero, el de las comunicaciones y los servicios. Tal vez sea éste el principal factor acelerador de la crisis del escenario geopolítico de la Guerra fría, en razón de que mientras las dos grandes potencias se disputaban el poder en términos políticos y militares, otros países le apostaban todas sus cartas al ensanchamiento de su poder económico por la vía del desarrollo competitivo, apoyado en la incorporación en los procesos productivos de las llamadas tecnologías de punta y en el dominio del mercado mundial.

Lo que está claro hoy en día es que este tipo de procesos son irreversibles y que las consecuencias no se han hecho esperar, empezando por la crisis del Estado-nación, en la medida en que la nueva dinámica de la globalización viene aparejada con una estrategia fundamental como es la de la apertura que obliga a abrir las puertas y derrumbar las fronteras que habían servido para delimitar hasta entonces el alcance de la soberanía nacional, con el fin de facilitar el libre flujo de los bienes y de los servicios que circulan velozmente en el mercado mundial, en un movimiento de doble dirección: de afuera hacia adentro y de adentro hacia fuera, por lo menos en los casos de aquellos países que le han apostado exitosamente a la inserción en este tipo de políticas hoy en desarrollo. Los procesos aperturistas han modificado de una manera dramática no sólo los entornos económicos y comerciales, sino que vienen impactando todos los ámbitos del acontecer humano: lo político, lo social, lo cultural, bajo el presupuesto de que no hay, por el momento, otras alternativas.

Lógicamente los efectos, no siempre positivos, se han sentido con mayor fuerza e impacto a nivel de los países en proceso de desarrollo, en la medida en que sus bases productivas han estado caracterizadas por incipientes y no siempre sostenidos niveles de modernización y, además, porque los esquemas proteccionistas del viejo modelo de sustitución de importaciones, recomendado por la CEPAL para el caso de la región latinoamericana, se interpusieron, en múltiples momentos, como



las principales barreras para la adecuada inserción en este tipo de economías de mercado, con fuertes exigencias de competitividad. En otro sentido, es necesario tener en cuenta que tampoco han superado los estructurales atrasos y rezagos que aún perviven en el orden de la construcción de auténticos proyectos democráticos y en la transformación de las mentalidades tradicionalistas, que sólo han servido para continuar garantizando la protección y defensa de los intereses de los sectores dominantes, postergando una vez más las posibilidades de salida y posicionamiento estratégico en este nuevo orden internacional que se está estructurando.

Con el derrumbe de las barreras y la progresiva superación de los obstáculos que habían incrementado las tensiones propias de un espacio geopolítico bipolar (Guerra Fría), girando, de modo dominante, alrededor de intereses ideológicos, políticos y militares y propiciado cruentas confrontaciones en el territorio de los países periféricos, se empiezan a superar muchas de las actitudes y posiciones cerradas que tan nefastos resultados produjeron en el devenir de la contemporaneidad y se inaugura una época en donde comienzan a emerger experiencias igualmente importantes de distensión, acuerdo, concertación, diálogo, complementación, libre y consensuada búsqueda en común de soluciones y alternativas para procesar políticamente las divergencias y diferencias, intentando posicionar otras vías diferentes a la de la fuerza y la guerra.

En el mundo actual ya no caben más los procesos reductivamente desplegados hacia adentro, las miradas de corto alcance, la mecánica defensa y protección de los mismos intereses de poder. Los recientes sucesos ponen en evidencia el cruce de todas estas fuerzas que hablan de un mundo que se resiste a ser homogeneizado de acuerdo con la racionalidad del mercado, a través de inconsultos e indiferenciados procesos de globalización y que reclama espacio para el interculturalismo y el reconocimiento de las diferencias, como única forma de hacer posible la coexistencia pacífica de los pueblos.

Quien hoy pretenda permanecer al margen de esta nueva dinámica estará irremediablemente condenado a quedar relegado de la historia. Nuevos retos surgen en relación con la apertura; no se trata solamente

de involucrarse en los renovados procesos de la economía mundial exigidos por la dinámica de la internacionalización o globalización, que es lo que más se menciona respecto de este tópico, sino de atender, paralela y complementariamente, a la apertura en sus dimensiones social, política y cultural. La apertura comporta un sentido integral; no puede desarrollarse un campo sin que inevitablemente se produzcan variaciones y exigencias en los demás. Más aún, no es posible la apertura en relación con los procesos económicos básicos sino se da previamente la apertura humana, es decir, aquella que pone en juego el entramado de las mentalidades como el acervo fundamental de todo desarrollo inserto en el orden de la cultura. Esta es una consecuencia lógica, de profundo alcance en el acontecer del humanismo que está en ascenso.

Esta fuerza tendencial dominante en los tiempos que se están recorriendo tiene que desplegarse en el contexto amplio del desarrollo de las sociedades. La apertura no es un resultado sino un proceso que deviene por la vía del aprendizaje y de la socialización y tiene que asumirse de manera estratégica e inteligente porque las condiciones de participación en dicho escenario son asimétricas, desiguales. En este sentido, la apertura tiene que trascender la óptica minimizante de atender a las variables cuantitativas que demanda la sociedad respecto de su desarrollo y crecimiento económico por la vía actualmente posicionada de la participación en el mercado mundial y abordarse, de manera prioritaria, en dirección a la cualificación de la formación y preparación con sentido integral de las personas, para que se proyecten eficazmente así en la construcción del nuevo proyecto histórico, generando mayores posibilidades de bienestar para todos.

En este sentido, conviene retomar la tesis de Luis Jorge Garay (2002), según la cual, se trata de:

Rescatar la educación y la cultura como la potenciación de las capacidades de los individuos y el enriquecimiento de la intimidad y la esfera privada; la apertura a la diversidad y el aprendizaje de la pluralidad de concepciones; el compromiso colectivo con la solidaridad; la conciencia de la necesidad de solucionar los conflictos sociales a partir tanto del respeto y articulación de las diferencias como de las normas legítimas; la justicia como equidad; la participación y autoevaluación para el fortalecimiento de la democracia; el reconocimiento de la preeminencia de lo público y de la legitimidad del Estado de Derecho; la voluntad de articular los intereses e identidades



particulares en un proyecto de sociedad colectivamente construido. Estas responsabilidades ciudadanas dan pleno sentido a las competencias individuales y profesionales y a los principios, valores, conductas y conocimientos adquiridos en el proceso educativo (p. 19).

Cabe, en este sentido, una responsabilidad al conjunto de los sistemas educativos, en países en desarrollo, en relación con la concreción y puesta en marcha de las transformaciones que se están urgiendo como respuesta a las exigencias de un escenario competitivo, en el cual sólo tienen espacio los que alcancen un nivel de formación exigente y de contenido valorativo, con amplio desarrollo de todas las potencialidades constitutivas de la condición humana y con un despliegue permanente de la capacidad para incorporar nuevos aprendizajes y para moverse en espacios fluidos y cambiantes. Esto sólo es posible en contextos educativos trabajando sostenidamente para desatar procesos de innovación, creatividad y formación a lo largo de toda la vida.

El mundo de hoy reclama el fortalecimiento de la capacidad para analizar e interpretar los distintos fenómenos que se están desarrollando, de manera cada vez más compleja, en los distintos campos del acontecer histórico, para procesar el inmenso caudal de la información en términos de conocimiento, para asumir de manera ágil y eficiente la toma de decisiones que reclaman los procesos en expansión, para poner en marcha los mecanismos de gestión en consonancia con los derroteros de la planeación y la prospectiva, para evaluar los resultados obtenidos y para retroalimentar, de modo cualitativamente diferenciado, la dinámica evolutiva de los propios sistemas en los que opera el acontecer social.

Este proceso de alto impacto social, inscrito en el marco formativo de la nueva ciudadanía, supone a más de un conocimiento del momento histórico en que deviene el acontecer humano, una visión prospectiva y abierta acerca de los retos y desafíos a los que están enfrentados hoy las sociedades en desarrollo, que no sólo tienen que buscar salida a los “viejos” problemas que las aquejan sino, y al mismo tiempo, adecuarse “estratégicamente” a las nuevas exigencias del mundo actual globalizado para asegurar su viabilidad.

La exigencia de la integración

El momento actual se caracteriza, entre otros aspectos, por la gestación, estructuración, proliferación y consolidación de procesos de integración a todos los niveles y en todos los campos de la vida social. Se podría afirmar que no existe otro camino diferente para asumir la propia realidad en función de racionalizar y optimizar recursos, logros y metas. Hoy se está frente a la disyuntiva de abordar, en forma interdependiente, las exigencias y retos que demanda el desarrollo o quedar marginado y relegado para siempre de las posibilidades del progreso mismo. No es posible enfrentar el futuro de manera aislada. Los pueblos en proceso de desarrollo no pueden seguir siendo condenados secularmente a la soledad, porque ya no será posible otra oportunidad, tal y como lo señalaba acertadamente Gabriel García Márquez.

A buena hora se ha empezado a comprender la importancia de la inserción en esta nueva dinámica histórica. Son importantes los esfuerzos que se vienen realizando, a distintos niveles, en procura de construir, asociada y complementariamente, el futuro, dentro de una concepción ciertamente más pragmática, a diferencia de las experiencias reiteradamente idealistas y, en la mayoría de los casos, fallidas o ineficientes que se dieron en el pasado y que por falta de unidad y de voluntad política no se fue capaz de cristalizar, postergando indefinidamente las posibilidades que se ponían en juego por este tipo de caminos y optando por hacer el recorrido solos y a espaldas de las muchas cosas que nos unen y que seguramente hubiesen permitido otra clase de resultados.

Se vislumbran hoy de nuevo, en esta misma perspectiva, expectativas y posibilidades esperanzadoras acerca de los nuevos rumbos que demarcan el porvenir de los pueblos que se aventuran a seguir dicha política. Actualmente se presencia la consolidación, afianzamiento y expansión del proyecto integracionista de la Unión Europea, que incluye un proceso más complejo que ha de culminar con la puesta en marcha del proyecto de la Casa Común Europea, con la incorporación progresiva de todos aquellos países de la Europa del Este, que en el anterior contexto geopolítico hicieron parte de la llamada “Cortina de hierro”, como hoy se viene constatando.



De otro lado, el megabloque del Pacífico, configurado inicialmente por los llamados “tigres asiáticos”, no es una utopía, es un proyecto en camino de materialización con multifacéticas repercusiones, al punto en que desde ya se visualiza a la cuenca del Pacífico como el centro gravitacional del desarrollo mundial en las próximas décadas. Aseveración que se valida con más fuerza con lo que viene sucediendo con la emergencia avasalladora e impresionante de otros países de la región como China y la India y las experiencias de Vietnam, Camboya y Malasia, entre otras, que hasta no hace mucho eran países que estaban atravesados por los conflictos y guerras propios del anterior escenario geopolítico de la Guerra fría y que hoy empiezan a despuntar de manera significativa por los nuevos senderos del crecimiento y el desarrollo de la economía mundial.

América tampoco se queda atrás y desde la década pasada está trabajando en la cristalización de proyectos de integración, tales como: el TLC (Tratado de libre Comercio) o NAFTA, constituido por la tríada de los países del Norte: Estados Unidos, Canadá y México; el G-3, conformado México, Colombia y Venezuela (hoy retirado); Mercosur, integrado por Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay (y la posible participación de Venezuela); el Pacto Andino o CAN (Comunidad Andina de Naciones), configurado hace más de treinta años por Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia y Venezuela (temporalmente retirado) y al que en su momento inicial perteneció Chile, pero que después del año 1976 se retiró y que no ha pasado del umbral de las buenas intenciones y de las extensas y complejas reglamentaciones de aranceles y, finalmente, Caricom, que involucra a todos los países de Centroamérica y del Caribe.

Todos estos esfuerzos tras la idea de configurar un espacio de integración, con posibilidades de establecer unos términos de intercambio más competitivos con los otros bloques de integración que se están desarrollando en otras latitudes, sobre el presupuesto de concretar, en el corto y mediano plazo, la complementación de nuestras economías, aprovechando estratégica y complementariamente las propias ventajas comparativas y buscando, en el largo plazo, una integración de carácter político y cultural, asentada en lo que une, pero respetando la propia diversidad y autodeterminación. Es en este sentido que debe abordarse la pertinencia del llamado proyecto en marcha Unasur.

En el momento actual se tiene que partir de la tesis, según la cual, se asiste al despliegue de un mundo multipolar (múltiples centros

hegemónicos, que como lo sostiene Luis Maira, no alcanzan a tener todos los factores de poder al mismo tiempo), de un mundo dinamizado por la conformación de bloques, a mediano plazo, y de megabloques, a largo plazo. Hoy, en este sentido, se reclama una óptica de mundo abierto e integrado, como consecuencia de los inusitados cambios que se vienen operando y que ya algunos teóricos habían vislumbrado al hablar del mundo como la aldea global.

Compete a los distintos agentes de la socialización la responsabilidad en relación con la incorporación de la formación para la integración en el marco de la educación integral de la persona, porque la integración antes que económica, política, social y cultural, debe ser integración humana o deja de ser integración. Uno de los faltantes de las instituciones en las sociedades en procesos de desarrollo ha sido la no gestación de una auténtica cultura de interdependencia, trabajo en equipo, solidaridad y asociación para el abordaje colectivo y mancomunado de los propios proyectos. Se tuvo que empezar a hablar de procesos de integración para que en el espacio educativo se empezara a crear conciencia acerca de la necesidad de formar el propio recurso humano en el exigente campo de las relaciones y los negocios internacionales.

De acuerdo con Savater (1997), es importante subrayar como:

En la deseable complejidad ideológica y étnica de la sociedad moderna (...) queda la escuela como el único ámbito general que puede fomentar el aprecio racional por aquellos valores que permiten convivir juntos a los que son gozosamente diversos (...) no se puede ni debe haber neutralidad por ejemplo en lo que atañe al rechazo a la tortura, el racismo, el terrorismo, la pena de muerte, la prevaricación de los jueces o la impunidad de la corrupción en cargos públicos; ni tampoco en la defensa de las protecciones sociales de la salud o la educación, de la vejez o de la infancia, ni en el ideal de una sociedad que corrige cuanto puede el abismo entre opulencia y miseria. ¿Por qué? Porque no se trata de simples opciones partidistas sino de logros de la civilización humanizadora a los que ya no se puede renunciar sin incurrir en concesión a la barbarie (p. 165-166).

La tarea prioritaria que hoy tienen que desplegar este tipo de sociedades es la de estimular significativamente la generación de espacios que favorezcan una nueva manera de habitar un mundo cada vez más exigido de interdependencia, interrelación y cooperación, que propicien la construcción de renovadas sociabilidades y nuevos procesos identitarios, en correspondencia con las exigencias del mundo multicultural que está



emergiendo, con la finalidad de potenciar todo el desarrollo de la persona sobre la base del trabajo en común y la incorporación de valores como la solidaridad, la asociación, el pluralismo, la tolerancia y la integración, entre muchos otros, que impregnen todo el sentido de la acción humana, socialmente considerada, y aporten a la construcción de un tejido social incluyente y armónico.

Frente a las concepciones idealistas, desarrolladas por el pensamiento moderno, que afirmaban al hombre como un ente abstracto, singular, particular y definido homogéneamente de acuerdo con una categorización universal, dador de sentido y, por consiguiente, esencializador del mundo, el pensamiento contemporáneo ha venido inclinándose más por una antropología reivindicativa de la dimensión relacional, que asume a la persona como ser que se desarrolla a partir de la capacidad de encuentro, de comunicación y de convocarse con otros para la construcción solidaria de un mundo en que se reconozca su dignidad, se haga posible la convivencia humana sobre la base de la justicia y la paz y le permita situarse más proactiva e interactivamente en relación con las expectativas y demandas que están en circulación en el actual escenario.

Hoy no se puede renunciar a la integración de proyectos, esfuerzos, experiencias y recursos humanos, físicos, financieros y administrativos con que se cuenta. Esta es la clave para asegurar la pervivencia en tiempos complejos y de un alto nivel de competencia. Solo sobrevivirán en este escenario los que tengan la audacia para trabajar conjunta y eficazmente en la realización de las propias tareas y responsabilidades. La misión compartida, en la dirección señalada de una ciudadanía actuante y comprometida con llevar adelante las transformaciones que están reclamando las actuales sociedades, tiene que seguir siendo el desafío más importante.

La fuerza de la participación

En el mundo actual las sociedades rígidamente estructuradas, con carácter piramidal y dentro de un marco de relaciones verticales, determinadas

políticamente por órdenes de representación, por un inmovilizador sentido providencialista y por nocivos niveles de conformismo, resignación y pasividad, han ido evolucionando hacia la progresiva configuración de sociedades más abiertas y flexibles tanto en relación con el pertinente ordenamiento social como en lo que respecta a las formas de pensar y de concebir sus propios problemas y posibilidades, con un mayor reconocimiento y aceptación del pluralismo y la tolerancia como principios dinamizadores de la coexistencia y la convivencia humana, lo mismo que con una más clara y decidida voluntad de concretar verdaderos propósitos democráticos.

Hoy se está dando un movimiento interesante hacia sociedades de tipo más bien circular, generadoras de relaciones horizontales y asentadas sobre la convocatoria a las distintas comunidades para que se involucren en el análisis de sus pertinentes problemas y en el diseño, ejecución y evaluación, con sentido prioritario, de las distintas obras que deben ser emprendidas por ellas mismas, teniendo en cuenta el marco general de los planes de desarrollo de las regiones en que se hallan insertas y contando con el concurso de las diferentes organizaciones estatales y no gubernamentales, en relación con la asesoría técnica y las formas de financiación parcial de los recursos que se necesitan para adelantar tales proyectos.

Esta dinámica participativa empieza a cambiar el enfoque de la dirección que comporta tanto la relación social, como la relación política y la relación cultural. Las sociedades estáticas, inmovilizadas e inmovilizadoras, a la espera de soluciones prefabricadas, de exhaustivos procesos de investigación, como condición para la elaboración de diagnósticos y consiguientes planes de desarrollo, se agotaron.

Este tipo de sociedades comienzan a ser rebasadas por la misma magnitud de sus problemas, tensiones y contradicciones. Ya no caben en el mundo actual posiciones conformistas, negativas, de reiterada lamentación sobre la suerte o el destino supuestamente asignado por las fuerzas sobrenaturales; este tipo de concepción fatalista del mundo finalmente debe dar paso a una visión moderadamente optimista y esperanzadora del futuro, respaldada en un arduo y sostenido trabajo que permita la concreción y materialización de los nuevos retos que hoy exige el desarrollo pensado en forma integral, sobre la base presupuestaria



de una actitud renovada de participación y asociación, guiada por la búsqueda del sentido de lo público y no meramente por el interés particular.

Se empieza a percibir tendencialmente una serie de movimientos que impulsan al mundo desde abajo. Emerge promisoriamente en múltiples grupos humanos y en muchos pueblos una conciencia nueva que los sacude contra la resignación al fatalismo y los impulsa a su liberación y a asumir la responsabilidad de su propia suerte. Aparecen movimientos sociales, de variada índole, empeñados en construir un mundo mejor, más justo, más equilibrado y con clara voluntad de aportar al cambio de todo aquello que no se puede tolerar (El Foro Social Mundial es una muestra fehaciente de ello).

La participación es una exigencia inherente a todos los procesos del acontecer social. Ningún ámbito o sector de la vida de los pueblos puede escapar a este imperativo del mundo actual. Esta política debe tener cabida preponderantemente en todos aquellos escenarios que están ligados con el proceso de la formación social de las personas. Es una responsabilidad política y cultural la gestación de experiencias de profundo calado participativo que habiliten a las personas para que proyecten esa capacidad cualificada en la construcción del nuevo proyecto social. El aprendizaje de los procesos que están en juego en la participación ciudadana no puede ser, de ninguna manera, un aprendizaje meramente teórico, se tiene que desarrollar desde la práctica misma, en el espacio de la cotidianidad.

El mismo Luis Jorge Garay (2002) señala como:

La sociedad (...) está en mora de constituir la educación, la cultura y el desarrollo del conocimiento, en un verdadero propósito nacional como requisito para la conformación de una democracia fundada en la igualdad de oportunidades, la inclusión social y la cultura de la convivencia a la luz de los desarrollos de la humanidad. Ello exige una gran movilización de todos los agentes sociales, los sectores educativos y las instituciones públicas y privadas en torno a convicciones, principios y compromisos para la formación de ciudadanos como protagonistas que respondan participativamente por el desarrollo de una nueva sociedad (...) ello (...) exige educación en todos los niveles y etapas de la vida, no solo como preparación para un empleo, sino como inspiración para la vida y capacitación para el ejercicio de la democracia (p. 23).

La participación a la que se convoca en el actual contexto debe ser entendida como el proceso social en el que los distintos actores que están allí involucrados, sin renunciar a sus propios intereses, son capaces de intervenir directamente en la marcha de la vida colectiva, en la construcción del proyecto que recoge todo el ideario y el quehacer de la comunidad en que se hallan insertos, procurando mantener en permanente línea de cualificación y mejoramiento los sistemas de planeación, organización, operacionalización y evaluación en que se soporta la acción formativa y buscando en todo momento la primacía del bienestar general, es decir, la defensa prioritaria de los asuntos que les incumben a todos sus integrantes, sin limitar la esfera de autonomía de la persona.

En otras palabras lo que hoy se está demandando es la puesta en marcha de amplios procesos participativos en función de la definición consensuada de políticas, estrategias y acciones para alcanzar eficazmente los objetivos e intereses que todo colectivo o grupo societario se propone. Esta es una de las aristas principales que comporta el proyecto de formación para la ciudadanía. Las personas no se hacen ciudadanas solo por la adopción del conjunto de derechos y obligaciones consagrados constitucionalmente o por la asunción de la capacidad para intervenir, mediante el voto, en el juego de la democracia representativa, al alcanzar la mayoría de edad, sino por el ejercicio constante y cualificado de participación en todos los escenarios del acontecer social y el ámbito educativo no puede ser la excepción.

La participación debe ser siempre una política rectora en un proyecto de sociedad centrado en el marco de las dinámicas que históricamente se están desplegando y, en tal perspectiva, un mandato que debe estar presente no solo en el desarrollo de las múltiples prácticas sociales sino en las responsabilidades primordiales y prioritarias de todas las instituciones. Se requiere convocar a las personas para que se involucren en la realización de todas aquellas actividades indispensables para el cabal desarrollo de las tareas propias que demanda el nuevo proyecto societario. Esta es una estrategia fundamental en la formación de actitudes y valores proclives a la participación y la integración, en tanto no hay educación más eficaz y perdurable que aquella que tiene lugar en el espacio de la propia experiencia.



El redescubrimiento del espacio de la cultura

La inserción del desarrollo en el escenario de la cultura ha permitido la recuperación del sentido humano que debe tener siempre como punto de referencia obligado. Una nueva óptica emerge en la comprensión de los problemas y en el diseño de las alternativas y soluciones que actualmente concentran la atención de los pueblos. Empiezan a emerger otras racionalidades en un mundo que ha venido debatiéndose, a lo largo de un buen trecho de la modernidad, en las tensiones propias de una racionalidad predominantemente instrumental.

El costo social e histórico pagado por la humanidad en su desenfrenada carrera por seguir tras el deslumbrado espejismo del desarrollo por el desarrollo, del progreso por el progreso, del crecimiento material a toda costa y sin límites, ha sido tan alto que, sus propias contradicciones y tan exiguos e inequitativos resultados para la mayoría, han terminado por hacer más problemática y compleja, en esta dirección, la misma dinámica del proceso histórico.

Hoy se asiste al replanteamiento general de las condiciones sobre las cuales se ha de materializar, en el mediano y largo plazo, la construcción del proyecto social de los pueblos. Afortunadamente se tiene cada vez una mayor certeza y convicción en la cultura como el contexto en el cual debe abordarse esta exigencia. Cuando las sociedades se olvidaron de este prerrequisito o redujeron su alcance al ámbito exclusivo de la experiencia estética y de su función exclusivamente reproductora, extraviaron el rumbo de su proceso de desarrollo histórico. Los nuevos procesos de apropiación y transformación en marcha comienzan a ser reasumidos desde el orden de la cultura. Es desde esta perspectiva que reivindican su cohesión, su integración, su interdependencia, su función mediatizadora, su rostro humano. En esta nueva contextualización se redefinen los factores presupuestarios y gestionarios del desarrollo; se amplía el caudal de alternativas para enfrentar las situaciones conflictivas y problemáticas de la vida de los pueblos; se redimensionan los aportes cada vez más sorprendentes de la ciencia y de la tecnología, y se garantiza un enfoque más interdisciplinario y multiperspectivístico en la aproximación a las distintas realidades y fenómenos circundantes.

Según el Departamento Nacional de Planeación (DNP) colombiano:

La cultura está llamada a ser el común denominador de la construcción colectiva de un proyecto de futuro, pues brinda las herramientas necesarias para fomentar la convivencia, la reconciliación y el diálogo intercultural. Esta tiene el valor de contribuir a crear ambientes propicios para la resolución pacífica de los conflictos, como lo demuestran numerosos procesos y experiencias realizadas en contextos nacionales e internacionales, que apoyados en los valores propios, en la creatividad y en la memoria histórica y cultural de los pueblos, han logrado encontrar alternativas viables a situaciones de violencia (Bases plan de desarrollo 2002- 2006, p. 69).

Esta exigencia, válida en el mundo actual respecto de los distintos procesos que a nivel estructural y general dinamizan el acontecer histórico, tiene que estar presente significativa y particularmente en cada uno de los ámbitos de la vida de las sociedades. Hoy se les está exigiendo un decidido esfuerzo de autenticidad y de actualización cultural. Se debe prestar atención a la mudanza que en el campo de la cultura se está verificando en nuestros días y en consecuencia han de renovarse los objetivos, proyectos, programas y acciones que atraviesan el quehacer social de los pueblos. Empezando por el ámbito de la educación, porque como bien lo expresó el Papa Juan Pablo II en su discurso ante la Unesco en 1980, la primera y especial tarea de la cultura en general y también de toda cultura, es la educación. La educación consiste, en efecto, en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda ser más y no sólo que pueda tener más; y que, en consecuencia, a través de todo lo que tiene, todo lo que posee, sepa ser más plenamente hombre.

Está hoy pues claro por parte de todas las organizaciones internacionales que trabajan por la promoción del desarrollo social a escala humana, que la educación es el factor más democratizador que tiene una sociedad y que sólo en el ámbito y la trama de sentido que aporta la cultura, el hecho educativo adquiere su trascendencia y verdadera significación.

Indudablemente la institución educativa sigue siendo uno de los agentes fundamentales para asegurar conveniente y eficazmente los procesos de socialización y de enculturación de las personas, mediante los cuales se busca la inducción amplia y coherente al mundo objetivo del pertinente entorno social y la concreción del tipo de ciudadano que se requiere de acuerdo con los fines que socialmente se persiguen, de



tal modo que pueda involucrarse participativamente en las tareas de apropiación y transformación de la realidad.

Conclusión

Todo colectivo societario, para atender a las funciones de subsistencia, reproducción y desarrollo que inherentemente lo determinan en su devenir, necesita que las nuevas generaciones internalicen y propaguen su acervo cultural, es decir, el conjunto de principios, valores, pautas normativas, códigos éticos, morales y constitucionales, visión dominante del mundo, costumbres, usos sociales, tradiciones actitudes, saberes, técnicas y prácticas que referencian, en lo fundamental, el sentido de su construcción histórica. En este proceso tiene que ponerse en juego el desarrollo progresivo y ordenado de toda la actividad humana; allí se enriquece y cualifica el propio ámbito de la cultura.

Urden nuevos aprendizajes y apropiaciones culturales que deben ser favorecidos y potenciados por las mismas instituciones sociales. El mundo está necesitado de instituciones al servicio de la vida y del sentido de lo humano, que se pongan en contacto con nuestras necesidades, que faciliten ampliamente la construcción de una cultura asertiva, propositiva, proactiva, desde la cual se aporten nuevas y creativas alternativas para la resolución de los conflictos y contradicciones a las que estamos expuestos permanentemente las personas en el orden de la cotidianidad.

La cultura, especialmente en el contexto occidental, ha estado atravesada por esquemas reactivos, represivos, de fuerza, reforzada por las ideas del premio y del castigo, que están a la base de todo el proceso de relación social desplegado hasta hoy y, en tal sentido, no sólo ha sido factor causal sino escenario exponencial de violencia. Cabe una enorme responsabilidad a quienes tienen hoy la responsabilidad de la dirección y orientación de las sociedades en relación con el desencadenamiento de nuevos procesos de orden cultural, que favorezcan la materialización de proyectos sociales fundados en otros referentes y tramas de sentido diferentes.

Para poder estar presente en el seno de una sociedad caracterizada por el pluralismo cultural, las instituciones deben inscribir su pertinente

acción en el contexto de un trabajo de apropiación crítica de los procesos que privilegiadamente están marcando la dinámica del desarrollo humano en sus múltiples dimensiones y en correspondencia con los valores que fundamentan y orientan, en cada momento histórico determinado, el acontecer social de los particulares colectivos societarios; deben partir de la realidad como punto de referencia permanente en la generación y contrastación de los diferentes planes, programas y proyectos; deben favorecer el estudio de los problemas que acuciantemente golpean la realidad y, especialmente, inducir la búsqueda colectiva de las estrategias y alternativas adecuadas y viables para su correcta confrontación y superación.

Hoy se requieren proyectos sociales dirigidos preponderantemente, en términos de Matos Mar (1999) a:

Forjar ciudadanos auténticos, conocedores de su realidad y de su proceso, de sus derechos y obligaciones, para robustecer su comportamiento cívico, solidario, respetuoso, ético y de paz, es decir, forjar un ciudadano democrático. Así, podrá estarse en condiciones de que sean, además, ciudadanos democráticos y económicamente activos, es decir, productivos y forjadores de un desarrollo humano integral, sostenido y sostenible y adecuado a sus posibilidades y realidades. Algo más, lograr que ese ciudadano democrático y económicamente activo sea también un ciudadano creador, es decir, que sea capaz de recrear y potenciar nuestra cultura (p. 112).

En esta misma perspectiva, otro de los objetivos que de manera prioritaria tienen que ponerse en marcha por parte de las diferentes agencias de socialización debe ser la gestación de un ambiente que haga posible el despliegue de amplias posibilidades relacionales y comunicacionales, de acuerdo con los nuevos referentes culturales y políticos.

Construir civilización (...) es construir un ámbito en el cual cada uno pueda expresarse y avanzar en las relaciones, en la comunicación y en el Interaprendizaje y hacerlo dentro de lo que posibilita el lenguaje de cada quien, la experiencia de cada quien y el encuentro en la ciencia, en el conocimiento y en el arte (Prieto, p. 9).

El hecho cultural implica un proceso de reconocimiento de los sujetos sociales desde la diferencia y a través del sentido de corresponsabilidad en la delimitación del espacio en que acontece la existencia humana como ámbito social, es decir, como el lugar en el que se hace posible la construcción de los términos de la convivencia.



Esta propuesta, centrada en un nuevo enfoque del proyecto cultural, es una “poderosa” estrategia de cambio porque está inserta en la base misma de una nueva construcción y formación de la ciudadanía, diferente a la que de modo intrascendente y meramente formal se tuvo hasta hoy, y además porque está más en consonancia con la tesis planteada por Manfred Max Neef, según la cual, nadie tiene el poder para cambiar a nadie; sólo tenemos capacidad para cambiarnos a nosotros mismos y por “contagio” generar algún tipo de influencia en los demás, especialmente en aquellos que comparten con uno el metro cuadrado, el espacio de la cotidianidad, es decir, el cambio pensado analógicamente desde la figura de la red, que va articulando, tejiendo esfuerzos significativos, más por expansión o ensanchamiento de las propias experiencias vitales que por proyectos de incorporación unilineal de contingentes humanos sumados y entregados a una causa ideológica común; en lo segundo, lo que hay es reclutamiento, alinderamiento, adoctrinamiento, es decir, más de lo mismo; en lo primero, una perspectiva que pone el cambio desde y en dirección de la vida, de la transformación del pertinente entorno, es decir, más de lo que menos hemos tenido o construido.

Aparentemente lo que se cumple en lo micro debe tener vigencia y validez en lo macro; lo que está pensado para los individuos es posible pensarlo para las organizaciones; el cambio de las estructuras sociales está en relación directamente proporcional con la capacidad de generar consenso entre los distintos actores sociales para que las necesidades de todos se expresen y, sobre dicha base, se busquen las estrategias que permitan su adecuada y óptima satisfacción.

En todo esto se patentiza una correspondencia con el proyecto cultural que se está demandando en las sociedades que aún tienen que conquistar, de manera satisfactoria e incluyente, las metas del desarrollo integral, en tanto, de entrada, se asume, como presupuesto esencial, a la persona, pero desde el contexto de la cultura, desde sus propias formas de apropiación de la realidad, desde sus expectativas, intereses y motivaciones, desde su particular condición social, caracterizada, en la mayoría de los casos, por el desamparo y el abandono a todo nivel, con el fin de que pueda, por el desarrollo de sus propias potencialidades, gestar procesos que posibiliten el reconocimiento de su plena conciencia de la dignidad humana, desarrollar una actitud crítica que le permita

confrontar y tomar posición sobre la gama de las posibilidades y limitaciones que permanentemente está planteando la realidad y emprender con otros la lucha por alcanzar una sociedad más inclusiva y más justa.

La mayor fortaleza de un proyecto societario, pensado en clave de cultura, radica indudablemente en su abierta y permanente convocatoria para la construcción social de un ambiente formativo caracterizado por relaciones respetuosas y tolerantes entre las personas, por amplios niveles de participación de todos sus integrantes en todos los asuntos propios del acontecer social, por el carácter de interdependencia que esté presente en todo el trabajo de dirección, orientación, acompañamiento y evaluación de los diferentes procesos constitutivos del desarrollo, por la conciencia de autogestión que se logre alcanzar en la formación integral del ser humano, por el reconocimiento y ejercicio del diálogo como único camino viable para dirimir los conflictos siempre presentes en el complejo ámbito de la convivencia social y, finalmente, por la integración de objetivos, esfuerzos y recursos para asegurar la plena realización de la misión demandada socialmente que, de manera obligada y perentoria, pasa, entre sus vectores más importantes, por la formación de ciudadanía. Esta es la “carta” trascendental a la que hay que apostarle hoy de manera prioritaria todos los réditos si de verdad se quiere concretar la reorientación de sociedades con amplio y renovado sentido de ubicación y trascendencia histórica.

Referencias bibliográficas

- BASES DEL PLAN DE DESARROLLO 2002 – 2006. *Hacia un Estado Comunitario*. Presidencia de la República. DNP.
- Castells, Manuel. (1996). *La era de la Información*. Economía, Sociedad y Cultura. Madrid: Alianza Editorial.
- Fukuyama, Francis. (1991). *El fin de la historia*. Revista Occidental (8) 2, 125-126.
- Garay, Luis. (2002). *Repensar a Colombia. Síntesis programática*. Talleres del milenio. Bogotá: Alfaomega.



García, Carlos. (1998). *El debate de las humanidades*. Revista Claves de Razón Práctica 82.

Lechner, Norbert. (1996) *¿Por qué la política ya no es lo que fue?* Revista Foro 29.

Matos, José. (1999) Los dos rostros culturales de América latina. Identidad, Integración, desarrollo y Globalización (M. Garretón Coord.) En: *América Latina: Un espacio cultural en el mundo globalizado*. Santa Fe de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Prieto, Daniel. *Notas sobre la pedagogía universitaria*. Medellín: Facultad de Comunicación Social UPB.

Savater, Fernando. (1997). *El valor de educar*. Barcelona: Ariel.